

Esta obra es el resultado de una paciente y apasionada investigación que Osorio realizó en Boloña, Italia, refugio de los jesuitas mexicanos después de su expulsión en 1767. A esa ciudad trasladaron sus manuscritos e impresos, y de ese acervo rescató el doctor Osorio las cartas contenidas en el libro.

Entre otras distinciones, el doctor Ignacio Osorio fue Investigador Nacional, casi desde la creación del Sistema Nacional de Investigadores. Su muerte, hace más de dos años, no lo ha hecho desaparecer: su recuerdo y su obra siguen entre nosotros como una gran presencia.

## Ángel Palerm Vich

*Mario Humberto Ruz*

Hombre de frontera, pensador crítico, promotor del intercambio de ideas, creador de nuevas alternativas para la antropología mexicana, riguroso analista, apasionado apologista del trabajo de campo, Ángel Palerm (1917-1980) ha recibido toda clase de calificativos laudatorios y uno que otro denuesto, pero si alguno lo retrata con justeza y justicia es el título de maestro; tan sencillo y grande como él.

Imposible, en tan breve espacio, dar cuenta de su multifacética personalidad y sus trascendentales contribuciones a la antropología e historia de México. Colegas, alumnos y amigos han dedicado ya sus afanes a esbozar, en tres volúmenes, además de trabajos sueltos, algunas de las características de su vida y su obra,<sup>1</sup> que da cuenta tanto de su interés por la época prehispánica como por las transformaciones industriales de último momento, pasando por la etapas coloniales; desde los macroesquemas teóricos y metodológicos, hasta la praxis cotidiana.

Nacido en Ibiza, España, participó activamente en la Guerra civil española combatiendo en Andalucía, Aragón y Cataluña, llegando a ser comandante en jefe del Estado Mayor en una brigada internacional. Llegó a México, exiliado, cuando contaba con veintidós años. Más tarde se nacionalizaría mexicano. Su doble formación como historiador (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM) y antropólogo (ENAH) marcó sus intereses: organización social y economía en el México antiguo, sistemas de regadío, campesinado, planificación regional, minorías étnicas no indígenas, evolucionismo multilíneal, antropología obrera y urbana... En todos ellos es posible observar la influencia de sus grandes maestros: Kirchhoff, Armillas, Comas, Kelly, Rivet, Caso, Martínez

del Río, Bosch, García Granados, pero la originalidad de sus planteamientos a nadie más que a él mismo ha de acreditarse.

Investigador polifacético y riguroso, asiduo director de tesis, redactor de introducciones generales a la historia de la etnología (que hasta hoy siguen siendo básicas) y traductor de manuales para facilitar el trabajo de sus alumnos, creador de departamentos de antropología (UIA) y centros de investigación (CIS-INAH, hoy CIESAS), promotor activo de la investigación sobre Mesoamérica, de los estudios multidisciplinarios y de la vinculación de la antropología con otras ciencias (sociales o no), todos ellos son sin duda epítetos merecidos, pero para quienes tuvimos el enorme privilegio de contarle como maestro, Ángel Palerm fue, sobre todo, eso. Maestro, en el sentido prístino de la palabra, se preocupó por dotar a sus alumnos de una sólida formación tanto en el aspecto teórico como en el trabajo de campo, que consideraba el eje formativo de quien se pretendiera antropólogo. Su afabilidad no era menor a su exigencia como docente: ávido de conocimientos, sabía entusiasmar a sus discípulos por la lectura: Prigogine, Popper, Weber, Mauss, Adams, Vico, Acosta, Wittfogel, Sahagún, Pareto, Malinowsky, Ibn Jaldún..., ningún conocimiento le era ajeno, ninguna teoría sólida dejaba de entusiasmarlo, fuese para probarla, fuese para refutarla; en el salón de clases o en el café de la Universidad Iberoamericana, que se había convertido en la extensión obligada del aula, apenas terminada la clase y, en ocasiones, aun antes de comenzarla.

Sus cursos en el aula eran apasionantes, pero el verdadero privilegio era tenerlo como maestro en el campo. A su lado se comprendía a cabalidad lo que significa la “observación participante”, herramienta primordial en el trabajo antropológico. Había que caminar desde temprano, mirar el paisaje, natural o transformado; platicar con la gente del lugar, anotando lo que se considerara relevante en una pequeña libreta de campo. Más tarde, hacer el famoso “diario” y las detestadas “fichas”, que exigía pulcras, concisas, numeradas y cruzadas. Al anochecer, reunirse para discutir las, confrontarlas y tratar de responder a sus interrogantes sobre “cosas”, que uno nunca había visto o escuchado por falta de una mirada o un oído atentos. Al día siguiente, habiéndose aguzado los sentidos, la tarea recomenzaba.

No era un maestro “complaciente”, pero su continuo afán por formar investigadores críticos, originales y creativos no estuvo reñido con el respeto a sus alumnos; como resguardo contra el autoritarismo contó siempre con su deslumbrante inteligencia, su sólida capacidad pedagógica y, sobre todo, con su sencillez y generosidad.

<sup>1</sup> Susana Glantz, comp., *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*. México, FCE, 1987; Modesto Suárez, coord., *Historia, antropología y política. Homenaje a Ángel Palerm*. 2 vols. México, Alianza Editorial Mexicana, 1990.